

LAS MONEDAS DE MOMO

Mauricio B.



Capítulo 1

Las monedas de Momo

Extracto de "Relatos sobre Fantasmas, Masones y Sacerdotes" de Mauricio A. Benary

Y mientras esperaba que algo suceda, como todos los días desde la primera vez en que visitó el parque, y se sentó frente al viejo árbol a divagar; él, portador de las monedas, la acechaba. Sin que ella advirtiese su acoso. La observaba buscando indicios de una merecida entrega. No le sacó los ojos de encima por largo tiempo.

Fijaba su vista en donde ella miraba, tratando de deducir sus miedos, sus pensamientos, sus deseos vehementes. Hasta que por fin captó su alma delimitando sus confines y decidió llevar a cabo el sutil trapicheo.

—Buenas tardes —le dijo.

Ella asombrada lo observó sin poder pronunciar respuesta.

—La he espiado por largo tiempo indagando en sus deseos más profundos. Tratando de entender que es lo que desea su alma con tanto fervor y que faltas obstruyen su felicidad. Y me preguntaba si usted sería merecedora de lo que yo poseo.

—¡Usted! ¿Un fantasma? —dijo riendo—. ¿Qué podría poseer que yo desee?

—Algo de gran utilidad para usted —dijo, mientras sacaba del bolsillo de su traje un saco de paño—. Monedas de Momo.

La mujer intrigada observó el pequeño saco, rió sin sacarle la vista de encima. Pensando sin decir que quizás fuera eso lo que en realidad ella anhelaba.

—¿Y esas monedas, tienen algún valor de intercambio?

—Por supuesto. El que usted le atribuya. Con una de mis monedas podrá adquirir el objeto que mas anhele. Solo con tomarla entre sus manos y exigirle el objeto de sus deseos, el metal se esfumará como por un artificio y frente a usted aparecerá lo que pida.

Absorta, quedó mirándolo sin decir nada. Entreabrió sus labios varias veces como para lanzar alguna palabra, pero prefirió mantenerse en

silencio. Entrecerró uno de sus ojos y mantuvo la mirada con el payaso.

—No estoy segura de desear esto —dijo—, si entiendo bien su ofrecimiento, me está invitando a una permuta. Pero, no ha dicho sus pretensiones.

—No es una pretensión —dijo el espectro—. Simplemente es la ironía de un viejo payaso. Cuando usted decida cambiar la moneda sucederán dos hechos: Primero, el objeto de sus sueños aparecerá ante sus ojos. Y segundo, una persona a la que usted no conoce, en algún sitio del mundo, será entregada a los demonios para que le den muerte. Tenga, haga con ella lo que le plazca.

El tiempo pasó, la señora visitó el parque durante años. Jamás volvió a ver al monigote entre la gente. Aunque siempre tuvo presente el poder que le otorgaba la moneda y la consecuencia que su uso acarrearía.

Precipitadamente sucumbió a las edades de los hombres. Y ya entrada en el último estadio de su ciclo, cuando había sido despojada de la belleza y de la fuerza, un día se encontró frente a la moneda de Momo. La tomó, cerró los ojos y lloró.

Una lágrima cristalina le surcó el pómulo, se precipitó por la mejilla hasta tomar el impulso para caer entre sus dedos y hacer desaparecer la moneda.

Abrió sus ojos y frente a ella, un espejo imponente, de marco basculante de oro y piedras finas. En una de sus caras reflejaba a quien fue hace mucho, en los años de juventud, radiante e inmaculada. Y en la otra mostraba en quien se había convertido, con exageradas arrugas y mirada deslucida. Dejó en sus recuerdos este rostro. Y volvió a girar para verse envuelta en ese halo que con los años había perdido. Y así prefirió quedarse. Joven, acarició su pelo y sonrió.

Bajó las escaleras con prisa. Caminó las cuadras hacia el parque, y se sentó en el banco. Se miró las manos con extrañeza y observó sus anillos, ahora brillantes.

—¡Buenos días! —dijo el mamotreto—. Se ve hermosa, señora. Como hace antaño, en nuestro encuentro.

—Así es. Muchas gracias. Pensé que jamás íbamos a volver a vernos.

—¡Oh, no! ¡Hemos hecho un trato! Y es justo que obtenga mi parte. Por

favor, tome la moneda que guarda en su bolsillo y entréguemela.

Asombrada, hurgó el bolsillo y se reencontró con la vieja moneda. Ahora brillante, recién acuñada. En el campo de su ceca el rostro de un payaso se mofaba de ella, y en su anverso resaltaba en relieve "una vida".

—¿Que hará con ella? —dijo compungida—, es mía.

—De ninguna manera. La moneda es de Momo. Con ella debo volver a hacer una oferta.

—¿A quién? —dijo acongojada.

—¡Eso no puedo decírselo, señora! Pero puedo asegurarle que será ofertada en algún sitio del mundo, a una persona que usted no conozca.